

Cristo, el Sacerdote Compasivo

Nuestra última lección, la parte final del cuarto capítulo de Hebreos, nos presentó a Cristo como nuestro Sumo Sacerdote quien, aunque en los cielos a la diestra de la Majestad, es tocado por el sentimiento de nuestras flaquezas, para que podamos acercarnos confiadamente al trono de la gracia, seguros de que obtendremos misericordia y hallaremos gracia para el oportuno socorro. En los versículos siguientes, el apóstol nos da una seguridad adicional de la unidad de Cristo con nosotros, de la cual debemos derivar consuelo y aliento.

«Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para presentar ofrendas y sacrificios por los pecados; para que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de flaqueza. Y por razón de esto debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como por el pueblo. Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo para ser hecho Sumo Sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy. Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec. Quien en los días de su carne, habiendo ofrecido ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente; y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen; y fue declarado por Dios Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec. Acerca de él tenemos muchas cosas que decir, y difíciles de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír. Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de los oráculos de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido [V.R., alimento sólido]. Pues todo aquel que se alimenta de leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño. Pero el alimento sólido [alimento sólido] es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.» (Hebreos 5.1-14)

Esta es una porción de la Escritura sumamente importante, pues trata con el corazón y el alma misma del Evangelio. Revela el secreto de la vida y la victoria cristianas. Nos presenta a Cristo en la más íntima comunión, como el amigo y compañero que simpatiza, quien, conociendo por experiencia todas las debilidades de la carne, y por tanto compadeciéndose amablemente de aquellos que están en pecado, posee todo el poder para librar. Debido a que trata con la parte vital y práctica del cristianismo, el enemigo de las almas ha procurado envolverla en una niebla, y la consecuencia es que la verdadera verdad concerniente a Cristo es considerada herejía por muchos cristianos profesos. Sin embargo, todo el problema radica en no tomar la Escritura literalmente en su propia palabra. Interroguémosla, pues, de cerca, para que podamos estudiarla mejor con verdadera reverencia.

Preguntas sobre el Texto

¿Para qué es ordenado o nombrado todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres?

o *«Para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados.»*

¿Qué clase de persona debe ser necesariamente un sumo sacerdote?

o Uno *«que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados.»*

¿Cómo puede él tener compasión de tales personas?

o *«Puesto que él también está rodeado de flaqueza.»*

Ya que el sacerdote debe ser necesariamente uno que está rodeado de flaqueza, ¿qué debe hacer, por tanto?

o *«Debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como por el pueblo.»*

¿Puede un hombre elevarse a este oficio?

o *«Nadie toma para sí esta honra.»*

¿Quién solamente puede hacer la obra de sacerdote?

o *«El que es llamado por Dios, como lo fue Aarón.»*

¿Cómo mostró Cristo su idoneidad para el puesto?

o *«Cristo no se glorificó a sí mismo para ser Sumo Sacerdote.»*

¿Quién lo apartó para ese oficio?

o *«El que le dijo: Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy.»*

¿Qué declaración positiva hizo Dios también a Cristo?

o *«Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.»*

¿Qué hizo Cristo en los días de su carne?

o *«Ofreció ruegos y súplicas.»*

¿Qué demostró que estos ruegos y súplicas no eran meras oraciones de ceremonia?

o Ofreció ruegos y súplicas *«con gran clamor y lágrimas.»*

¿A quién ofreció estas fervientes peticiones?

o *«Al que le podía librar de la muerte.»*

¿De qué, entonces, oró con tanta agonía de alma para ser salvado?

o *«De la muerte.»*

¿Fue respondida su oración?

o *«Fue oído a causa de su temor reverente.»*

¿Qué era Cristo todo el tiempo?

o *«Un Hijo.»*

¿Qué aprendió sin embargo?

o *«Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia.»*

¿Cómo aprendió obediencia?

o *«Por lo que padeció.»*

¿Cuándo aprendió obediencia por las cosas que sufrió?

o *«En los días de su carne, habiendo ofrecido ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas.»*

¿En qué se convirtió, por tanto?

o *«El Autor de eterna salvación.»*

¿Para quiénes?

o *«Para todos los que le obedecen.»*

¿Cuándo se convirtió en el Autor de eterna salvación para todos los que le obedecen?

o *«Habiendo sido perfeccionado.»*

¿Para qué fue llamado por Dios?

o *«Declarado por Dios un Sumo Sacerdote.»*

¿Según qué orden?

o *«Según el orden de Melquisedec.»*

¿Es esta gran verdad todo lo que hay que decir de Cristo?

o *«Tenemos muchas cosas que decir, y difíciles de explicar.»*

¿Por qué es tan difícil exponer toda la verdad?

o *«Por cuanto os habéis hecho tardos para oír.»*

¿Cuán tardos?

o *«Debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de los oráculos de Dios.»*

La Obra de un Sumo Sacerdote.

El oficio de sumo sacerdote no difiere en clase, sino solo en grado, del de los sacerdotes ordinarios. Todo el pueblo de Dios es sacerdote (1 Pedro 2.9), derivando su sacerdocio, como su vida, de Cristo la Cabeza. (Versículos 4, 5). Por lo tanto, en la obra y el carácter de nuestro gran Sumo Sacerdote, aprendemos cuál debe ser la obra y el carácter de todos sus seguidores. Todo sumo sacerdote *«es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para presentar ofrendas y sacrificios por los pecados.»* *«Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.»* (1 Pedro 2.5). Así, en Malaquías 2.6, leemos de Jesucristo: *«La ley de verdad estuvo en su boca, e iniquidad no fue hallada en sus labios; en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la iniquidad.»* Por lo tanto, se da la regla general: *«Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y la ley se buscará en su boca; porque él es mensajero de Jehová de los ejércitos.»* (Versículo 7). La obra del sumo sacerdote, como la de todos los sacerdotes, es hacer reconciliación por los pecados, presentando justicia. Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, y ahora Cristo nos ha encomendado en su lugar el ministerio de la reconciliación. (2 Corintios 5.18, 19)

Las Cualidades de un Sumo Sacerdote.

Debe ser tomado de entre los hombres, ya que su obra es para ellos. Debe ser uno *«que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados.»* Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo, *«no imputándoles sus transgresiones.»* Él no estaba condenando, sino compadeciendo. La dureza repele, el amor atrae. Así es como Dios atrae a los hombres a sí mismo. *«Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia.»* (Jeremías 31.3). Pero la *«bondad y el amor de Dios nuestro Salvador para con el hombre»* (Tito 3.1) se manifestaron en Cristo; porque *«Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.»* (Romanos 5.5). Por lo tanto, Cristo dijo: *«Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.»* (Juan 12.32). Es la bondad de Dios la que guía a los hombres al arrepentimiento. (Romanos 2.1). La palabra *«bondad»*, aplicada a Dios, significa todo lo que cualquiera entiende por bondad, y mucho más. Significa más que lo que ordinariamente se considera estricta conformidad con la ley de lo correcto; significa amabilidad, benevolencia, piedad, compasión y paciencia. Estas son las cualidades por las cuales Dios atrae a los hombres a sí mismo. Ninguna otra puede atraer. Todas estas se manifiestan en Cristo. *«Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no imputándoles sus transgresiones.»* (2 Corintios 5.19). *«Ni yo te condeno; vete, y no peques más.»* *«Este recibe a los pecadores y come con ellos.»* (Lucas 15.2). *«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»* (Lucas 13.34). Pedro negó a su Señor con maldiciones en la hora de su mayor necesidad; *«y el Señor, volviéndose, miró a Pedro.»* (Lucas 22.61). Esa

mirada derritió a Pedro y lo hizo un hombre nuevo. ¡Oh, qué gentileza y ternura hacia los pecadores frágiles se manifiesta en Cristo!

«Aprended de Mí.»

«Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» (Mateo 11.29). *«Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.»* (Gálatas 6.2). Cristo, el Sumo Sacerdote, es el ejemplo para los sacerdotes menores. *«Sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como también Dios os perdonó a vosotros en Cristo.»* (Efesios 4.32). Nada más que el amor puede, de alguna manera, ganar a un extraviado, y sin embargo, los seguidores profesos de Cristo, activos y llenos de celo en lo que se llama la obra del Evangelio, a menudo manifiestan impaciencia e incluso amargura hacia aquellos que, por debilidad o ignorancia, se desvían del camino. Y lo que parecería más extraño, si no conociéramos la maldad del corazón humano, es que esta dureza y falta de compasión a menudo se manifiesta en el grado más marcado hacia aquellos que tienen el mayor derecho a nuestro amor. ¿Por qué es esto? — Simplemente porque los errores y las fragilidades de quienes nos son más cercanos tienen más probabilidades de afectarnos personalmente que los pecados de los demás, y encontramos que nuestro cristianismo no llega hasta el punto de perdonar los pecados cometidos contra nosotros. Podemos tratar con suavidad al pecador, siempre y cuando consideremos el pecado solo contra Dios; pero cuando nos afecta personalmente, la cuestión es completamente diferente. Nos amamos más a nosotros mismos que a Dios, y por supuesto, mucho más que a otra persona, incluso a nuestros amigos más cercanos. Nadie puede estar seguro de que ama a sus amigos hasta que caen en pecado, y en un pecado que le toca personalmente. Cuando eso ocurre, con demasiada frecuencia se hace evidente que el supuesto amor por los demás era solo amor propio. Su comodidad se ve perturbada, sus sentimientos se alteran, su orgullo se hiere, su amor propio es dañado, y en lugar de compadecerse de los errantes, se compadecen de sí mismos, y así alejan más al pecador. Cuando el amor es más necesario, es cuando menos se muestra. Pero eso no es Cristo. ¡Oh, que los hombres y mujeres que llevan el nombre de Cristo aprendieran que Él tiene compasión de los ignorantes y de los extraviados!

«Para Hacer Reconciliación.»

El tema es demasiado vitalmente importante para dejarlo aquí. La lección debe grabarse en cada corazón. La obra del sacerdote es efectuar la reconciliación. De Cristo se dice: *«Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser Sumo Sacerdote misericordioso y fiel en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo.»* (Hebreos 2.17). *«Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no imputándoles sus transgresiones.» Obsérvese, reconciliando, no creando ni aumentando la enemistad. Ni siquiera imputándoles sus transgresiones, mucho menos reprochándolos o dándoles la espalda por sus transgresiones. Una persona puede ser intimidada, pero nunca reconciliada, por palabras duras o golpes, o por hosquedad. Nadie ha hecho jamás un amigo*

actuando de manera hostil. La obra de Cristo como Sumo Sacerdote es hacer reconciliación, para ganar; si no estamos haciendo lo mismo, no estamos asociados con Él en su obra sacerdotal; y si no somos sacerdotes de Dios, entonces no estamos entre su pueblo escogido. Es muy evidente que todos hemos necesitado aprender mucho sobre «los primeros rudimentos de los oráculos de Dios.»

El Secreto de la Compasión.

El verdadero sacerdote puede tener compasión de los ignorantes y de los extraviados. *«Puesto que él también está rodeado de flaqueza.»* Nadie puede simpatizar con un sufriente excepto quien siente el mismo dolor, o al menos tiene un recuerdo vívido de él. Eso es lo que significa la palabra misma. *«Simpatía»* se compone de dos palabras griegas que significan *«sufrir con»*. La palabra *«compasión»* tiene el mismo significado, formada a partir de dos palabras latinas. La única razón por la que el sacerdote ordenado por Dios tiene compasión de los ignorantes y los errantes es porque él mismo tiene las mismas flaquezas. La gente a menudo confunde la lástima con la simpatía o la compasión. La lástima puede expresarse con palabras, pero la simpatía comparte la carga. Si alguien se tambalea bajo una carga pesada, el simpatizante se pone bajo la carga y ayuda a llevarla. Esto es cierto incluso para las cargas del corazón. Si uno ha perdido un amigo, un apretón de manos, unas pocas palabras o cualquier otra cosa hecha como solo quien ha perdido un amigo sabe hacer, alivia el dolor. El verdadero sacerdote de Dios tiene compasión bondadosa por el pecador, porque conoce su propia fragilidad. *«Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.»*

Tomado de entre los Hombres.

Por eso el sacerdote que ha de hacer reconciliación por los pecados del pueblo debe ser tomado de entre los hombres; porque solo los hombres han pecado. Los ángeles en el cielo no han pecado; por lo tanto, la obra de predicar el Evangelio no podría serles encomendada. No podrían ponerse en nuestro lugar. Pero lo lamentable es que incluso los hombres caídos se elevan tan alto en su propia estimación que olvidan que son pecadores como los demás, y actúan como si no fueran hombres sino dioses. Los hombres que son duros en su trato con los errantes, que los rechazan en lugar de atraerlos con compasión, demuestran que no reconocen que son igualmente débiles y errantes, y que si no han cometido el mismo pecado, es solo debido a circunstancias diferentes. *«Todos pecaron», «no hay diferencia», «Ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive.»* Quien recuerda esto, nunca hará tropezar a otro. ¡Cuánto necesitamos que se nos recuerde continuamente que somos solo hombres!

El Hombre Cristo Jesús.

Todas estas cualidades de un sumo sacerdote se encuentran en Cristo, y solo en Él en su plenitud. Fue tomado de entre los hombres. Leamos Deuteronomio 18:18: *«Profeta les*

levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca.»

Levantado de entre sus hermanos, sin embargo, en todo *«semejante a sus hermanos.»* Así también Salmo 89.19: *«Entonces hablaste en visión a tu santo, y dijiste: He puesto la ayuda sobre uno que es poderoso; he exaltado a uno escogido de entre el pueblo.»* *«El Verbo se hizo carne»* y así llevó todos los pecados y las flaquezas de la carne. *«Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.»* (Mateo 8.17). *«Tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.»* *«Él mismo también está rodeado de flaqueza,»* porque todavía está en la carne (*«en tu boca y en tu corazón.»* Romanos 10.8), y siente todo lo que siente la humanidad; y esto es cierto no solo de la humanidad en general, sino de cada individuo. Todavía es *«el Hombre Cristo Jesús»* (1 Timoteo 2.5), y por lo tanto es el Mediador. El juicio le es confiado, *«porque es el Hijo del Hombre.»* (Juan 5.27)

Sobre la expresión *«Por razón de esto,»* es decir, de estar rodeado de flaqueza, *«debe ofrecer por los pecados, tanto por sí mismo como por el pueblo,»* mucho podría decirse, pero quizás sea mejor dejarlo a la meditación del lector. Hay verdades de Dios que no es lícito para los hombres pronunciar. Es imposible para la mente humana captar la profundidad de la verdad de la Divinidad y humanidad de Cristo. Una cosa no debe olvidarse, y es que hay tanto misterio de Dios en la humanidad de Cristo como en su Divinidad. Él fue impecable; ninguna mancha de pecado lo contaminó jamás, sin embargo, estuvo en la carne, *«carne de pecado.»* Así insistió en ser bautizado, pues dijo: *«Así conviene que cumplamos toda justicia.»* (Mateo 3.15). Así hizo una ofrenda por sus propios pecados, y en eso una ofrenda por los pecados de todo el pueblo, porque fueron los pecados del pueblo los que Él hizo suyos. Dios estaba en Cristo, no imputando las transgresiones del pueblo a ellos, sino asumiendo Él mismo toda la responsabilidad por ellas, como si Él mismo las hubiera cometido. El Justo sufrió por los injustos; porque en su sufrimiento se revela la justicia de Dios. (Romanos 3.26). Esto fue porque Él era hombre en todo el sentido de la palabra, teniendo en sí mismo, aunque sin pecado, todas las fragilidades de la humanidad. Así de cerca se ha identificado con nosotros.

La tendencia es a minimizar la humanidad de Cristo, como si con ello pudiera exaltarse su Divinidad. Es el diablo quien ha sido instrumental en alejar las mentes de Jesús como hombre, porque cuanto más se considera a Cristo remoto de nosotros y fuera de contacto con la humanidad, menos se le trata como Salvador. Al perder de vista la humanidad de Jesús —su unidad con la humanidad—, los hombres no han, como pensaban, exaltado su Divinidad, sino todo lo contrario; porque el Verbo que era, en el principio con Dios, y que era Dios, se nos revela solo como *«hecho carne.»* Ignorar la humanidad de Cristo es, por tanto, negar su Divinidad.

Orando para Ser Salvo.

Este mismo Jesús, que era el Hijo unigénito de Dios, y también Sacerdote según el orden de Melquisedec, *«en los días de su carne»* *«ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte.»* ¡Pensad en ello! El Hijo de Dios orando en agonía para ser salvo de la muerte. ¿Se atrevería alguien, siquiera remotamente, a sugerir

que esto fue solo una especie de actuación, y que no había peligro real? No; no hubo engaño en su boca. Él es la Verdad misma. No hizo nada simplemente por efecto o para mostrarse. El hecho de que oró demuestra que había necesidad de oración; y el hecho de que oró con gran clamor y lágrimas, demuestra que la necesidad era urgente. Jesús, voluntariamente, por causa nuestra, se puso en un lugar de peligro —donde había peligro de muerte—, y de esto oró con angustia para ser librado.

El Aguijón de la Muerte.

«El aguijón de la muerte es el pecado.» «El pecado, siendo consumado, engendra muerte.» La muerte no puede dañar a aquel en quien no hay pecado. Donde no hay pecado, no hay peligro de muerte. Por lo tanto, aquello de lo que Jesús realmente oró para ser salvado fue el pecado, porque solo al ser salvado del pecado podía ser salvado de la muerte. Estaba en la carne tan indefenso como nosotros, pues dijo: *«No puedo yo hacer nada por mí mismo»* (Juan 5.30), sin embargo, todos nuestros pecados estaban sobre Él. Su única ayuda residía en Dios. Leamos de nuevo el Salmo 22, y veamos cómo confió en Dios para la liberación. También Isaías 50.7, 8: *«Porque Jehová el Señor me ayudará; por tanto no me avergonzaré; por eso puse mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado. Cercano está de mí el que me justifica.»* O Salmo 16.8, 9: *«A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido. Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma; mi carne también reposará confiadamente.»* Su esperanza en la muerte era que había sido salvado del pecado. Nótese esto: no es que hubiera cometido pecado alguna vez y que fuera salvado de sus consecuencias, sino que tenía todos los pecados de la humanidad en su carne, y fue salvado de su dominio. Ni una sola vez lo dominaron. Ni por un instante cedió a su poder.

Salvo de la Muerte.

«Fue oído a causa de su temor reverente,» o *«por su temor piadoso.»* ¿En qué fue oído? — En su oración para ser salvo de la muerte. *«Pero Él murió, sin embargo,»* diréis. Sí, pero no fue vencido por la muerte; entró en la tumba como conquistador. Él puso su propia vida, para volver a tomarla, a pesar de la muerte. Ni todo el poder de Satanás pudo quitarle la vida. Incluso en la cruz, Él entregó su propia vida, y la lanza del soldado romano en su costado simplemente proporcionó prueba de que ya estaba muerto. Cuando llegó el tiempo señalado, salió de la tumba a pesar de todo el poder que Satanás pudo reunir. *«Era imposible que la muerte le retuviese»* (Hechos 2.24), porque ni una sola vez había sido entregado al pecado. Confió totalmente en Dios, quien era capaz de salvarlo de la muerte, y por lo tanto del pecado, que causa la muerte, y fue oído por su temor piadoso. Su victoria fue completa en cada momento de su vida. Pero fue una victoria real, porque libró una batalla real. Jesús no vino a la tierra para divertir al universo con la vista de una farsa de lucha con el pecado. Esta idea, demasiado general, de que Jesús no estaba en la misma situación que nosotros, y que Él no tuvo que resistir el pecado como nosotros, al no tener tentaciones de

la misma manera que nosotros, es la razón de tantas falsas victorias entre los cristianos profesos.

«Por Sus Llagas Fuimos Sanados.»

«Habiendo sido perfeccionado, vino a ser el Autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.» Ahora llegamos a la alegría de la verdad de que Jesús estuvo en todos los aspectos en nuestra condición, con todas nuestras debilidades, totalmente dependiente de Dios para la liberación. No debemos pensar que Él estaba simplemente en una condición similar a la nuestra, sino que está en nuestra condición idéntica, porque fueron nuestros pecados los que estaban en Él. Él estuvo aquí en nuestro nombre. Toda su obra vital fue para nosotros, no para Él mismo. La victoria que obtuvo fue nuestra victoria. Así que cuando caemos en tentación, y el pecado nos oprime de cerca, *«esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.»* Recordad que el pecado ya está vencido. Jesús en la carne lo venció por nosotros, y Él todavía vive en nuestra carne para mantener la victoria que ha obtenido, siempre que le confesemos. ¿No hay la alegría de la victoria en esta verdad? Mis pecados ya están vencidos, y solo tengo que disfrutar los frutos de la victoria, que es la paz. ¿Quién sería vencido por un enemigo que sabía que ya estaba vencido y desarmado? Esta confianza en lo que Cristo ha hecho por nosotros es nuestra fuerza. Él tiene la alegría de la victoria, y la alegría del Señor es nuestra fuerza. Por lo tanto, digamos, y sigamos diciendo de corazón: *«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.»* (Gálatas 2.20)